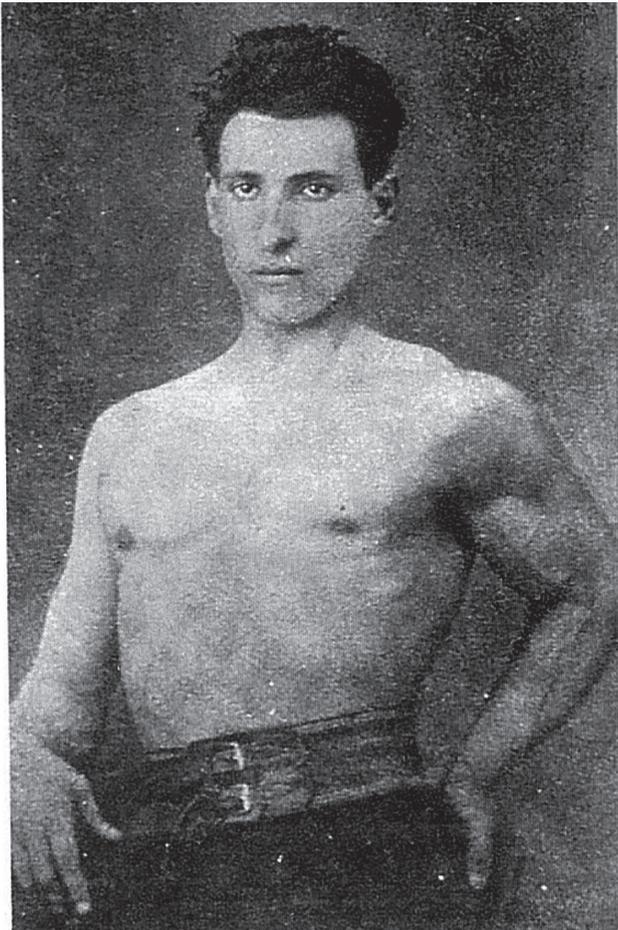


Meditaciones fotográficas

Héctor Pérez-Rincón

Instituto Nacional de Psiquiatría Ramón de la Fuente Muñiz. México.

Cuando mi dilecto alumno, el Doctor Efraín Aguilar, psiquiatra de Tuxtla Gutiérrez, Chis. me envió esta foto, no pude, por supuesto, reconocer de quién se trataba. ¿Cómo iba a adivinar que este fisicoculturista era nada menos que el futuro Premio Nobel de Medicina Don Santiago Ramón



y Cajal? Su imagen canónica es la de un anciano de blanca barba y severa mirada, preferentemente junto al microscopio con el que habría de descubrir la teoría neuronal. Así suele ocurrir con los grandes hombres cuya iconografía queda fijada en los años de su gloria terrena, generalmen-

te alcanzada en su tardía madurez o en su plena senectud, como si siempre hubieran sido así. El Doctor Aguilar me ilustró con el siguiente texto:

[...] Su pasión por el ejercicio físico nació de la misma manera que nos ha sucedido a muchos de nosotros: por causa del ego. A sus 18 años, Cajal rivalizaba con otro estudiante conocido como Morrines, por los favores de una joven a la que apodaban la Venus de Milo, por su escultural figura. Y aquella rivalidad hizo que los dos pretendientes llegaran a las manos, en una pelea en la que el futuro Premio Nobel acabo derrotado. Aquella humillación lo impulsó a apuntarse en un gimnasio situado en la Plaza del Pilar de Zaragoza. Aunque, como todos los estudiantes, su falta de recursos económicos lo obligó a llegar a un acuerdo con el dueño. A cambio de entrenar gratis, él (que ya había empezado a estudiar medicina) daba consejos a los demás deportistas sobre cómo evitar lesiones, o como tratarlas si ya se habían producido.

Esta pasión obligada por el físico constructivismo explica la desconocida foto. La estancia del futuro sabio en la guerra hispano-cubana y sus conocidas consecuencias deletéreas en su salud física deben haber cambiado su condición somática.

El Doctor Augusto Fernández Guardiola, de la primera generación de discípulos de nuestro Maestro, el Doctor Dionisio Nieto, alumno a su vez de Don Pío del Río Hortega, el discípulo más próximo de Don Santiago, me contó varias anécdotas de éste, que, por supuesto, no aparecen en sus biografías oficiales y que es difícil compaginar con las obras propiamente literarias que escribió a lo largo de su larga vida. La más picante es que el célebre histólogo aragonés no sólo se dedicaba a observar las diferentes células cerebrales al microscopio, sino que acumuló una serie de fotografías artísticas tomadas por él mismo, de mujeres desnudas, que a su muerte la familia secuestró pensando, con la mentalidad de la época, que tal vocación escoptofílica iba en demérito de su gloria científica. Tal vez un día algún descendiente de mente abierta habrá de darlas a conocer para tener una imagen más completa y rica de tan ilustre personaje.

La primera impresión para un observador superficial de esta curiosa fotografía es la de un horrible desorden. Un joven estudiante de Psiquiatría, al ver la edad del señor que aparece en ella, exclamaría muy seguro de sí mismo: «seguramente es un síndrome de Diógenes», haciendo alusión al «trastorno psicológico que se desarrolla especialmente en los ancianos que viven solos, y que se caracteriza porque éstos se abandonan totalmente y acumulan toda la basura y objetos que encuentran en la calle». Muchos psicopatólogos consideran que

Jean Piaget era un hombre sencillo; durante décadas su figura fue muy conocida de la población ginebrina que lo veía acudir a sus clases en bicicleta y cubierta la cabeza a medias por una boina vasca que dejaba ver parte de su cabello blanco. Infatigable fumador de pipa y escritor, su noción del tiempo era muy peculiar: medía las horas por la cantidad de pipas fumadas y por el número de cuartillas escritas día a día, duran-



haberle puesto a esa compleja conducta el nombre del filósofo cínico, es un verdadero despropósito, pues justamente la conducta de éste era la de un completo desapego a los objetos y se había liberado de todo tipo de propiedad, incluyendo su escudilla para beber agua al contemplar que un niño la bebía de las palmas de sus manos unidas. Pero si el lector reconoce de quién se trata, quién es el anciano caballero que apenas cabe en esa habitación llena de documentos y carpetas, junto a una mesilla con una taza de café vacía, con una vieja cobija sobre ese altero desordenado de papeles, su asombro sería mayúsculo. Se trata, ni más ni menos, que de Jean Piaget, el célebre psicólogo y filósofo ginebrino, uno de los cerebros más prodigiosos del siglo XX.

Tradicionalmente existe la idea entre el público en general que los sabios y los genios pueden adoptar conductas extrañas que los hacen parecer diferentes al resto de los mortales. Pero ¿por qué este notable pensador estaba en las antípodas de aquellos que sólo pueden trabajar en un ambiente pulcro y obsesivamente ordenado? En el número de primavera de 1981 (volumen 4, número 1) de SALUD MENTAL se publicó un Simposium sobre Jean Piaget (1896-1980). En su colaboración, el doctor Miguel Krassoievitch, que había trabajado en la Clínica Bel-Air de Ginebra, bajo la dirección de Don Julián de Ajuriaguerra, escribió:

te muchos años de su larga existencia. Aunque sus escritos, redactados en un francés un tanto anticuado y de estilo purísimo, son difíciles de entender para el neófito, sus conferencias eran muy claras y amenas. Conocido por su mal genio, no obstante, cuando estaba de buen humor hacía reír a los presentes con sus agudezas y a veces, con sus chistes. Gustaba de recorrer los senderos de las montañas suizas y para emprender esas caminatas se preparaba calzando gruesos botines, cargando una mochila en la espalda y cubriéndose con su inevitable boina. Y es así como nos lo imaginamos al partir para su última caminata. Aquí nos deja, con un vivo recuerdo, una voluminosa obra sobre la historia de la ciencia, la biología, la psicología, la sociología, la lógica, la filosofía y la psicología genética.

En ese mismo Simposium, en mi artículo *Un hombre universal*, recordé la opinión de dos autores citados por Jean-Claude Bringuier en sus *Conversaciones Libres* con Piaget. El físico Rafael Carreras hace una interesante analogía sobre la dificultad de la comunicación: «Lo que se comunica corresponde al calçado imperfecto que realizamos

con un lápiz sobre una fotografía de fondo. Se tiene una cierta imagen, una serie de expresiones, de experiencias, y con palabras se trata de calcarlas. Lo que se pasa a los otros es la calca y solemos creer que fue la fotografía. Lo que Piaget nos pasa son ¡fragmentos de calca!». En tanto, Guy Cellierie, codirector del Centro Internacional de Epistemología Genética, confiesa: «Piaget piensa por unidades muy gruesas, sus ideas sobre los problemas centrales no las fragmenta en elementos suficientemente pequeños para el interlocutor no advertido». ¿Cómo pretender entonces que un pensador así debía de adecuar su conducta a la de las personas comunes? Seguramente se oponía ferozmente a que su estudio fuera aseado o modificado de alguna manera, lo que seguramente generaría la desesperación de su esposa. Sin

duda alguna él sabía el sitio exacto de cada uno de los documentos en ese aparente desorden catastrófico. La cobija indica que podía permanecer ahí, pensando y escribiendo, hasta las altas horas de la noche de un crudo invierno suizo, no durmiendo. Su separación de la vida de los otros mortales explica por qué Jean Piaget sólo entró al cine una vez en su vida (y esto, obligado por la lluvia que caía esa tarde en Ginebra). Es evidente que hay que ser muy cuidadoso antes de aplicar con desenfado diagnósticos psiquiátricos a ciertas mentes privilegiadas. En palabras de Julien Moreau: «[...] nos lega, sobre todo, un universo de intuiciones inexploradas, un alfabeto para escribir varias ciencias que le aseguran, hasta el próximo milenio, un lugar entre los contemporáneos de primer rango».